

# PROSOCIALIDAD, INTELIGENCIA ESPIRITUAL Y GOBERNANZA UNIVERSITARIA: UN LLAMADO DESDE AMÉRICA LATINA

En tiempos de incertidumbre, cuando el exceso de información parece opacar lo verdaderamente esencial de la vida en comunidad, las universidades vuelven a situarse en el centro del debate público. No solo por su rol en la creación de conocimiento, sino porque tienen la responsabilidad de formar a quienes tomarán decisiones que influyen en la vida individual y colectiva.

No obstante, esta misión se vuelve insuficiente si se limita únicamente a lo técnico o disciplinar. Hoy, las instituciones de educación superior están llamadas a formar personas capaces de actuar con empatía, solidaridad, dignidad y sentido de justicia social.

La prosocialidad es una de las capacidades que las universidades deben cultivar con convicción. Implica ayudar sin esperar recompensa, colaborar sin obligación, reconocer el sufrimiento del otro y elegir acompañarlo en lugar de ignorarlo. La evidencia demuestra que este tipo de conductas fortalecen los vínculos comunitarios y se asocian directamente con mejores niveles de salud física y mental.

De manera complementaria, la inteligencia espiritual -entendida como la capacidad de encontrar sentido y propósito, de preguntarse por el “para qué” además del “cómo”- influye en la forma en que las personas afrontan el dolor, toman decisiones y construyen su identidad moral.

Es curioso que la prosocialidad y la inteligencia espiritual no ocupen aún un lugar central dentro del quehacer universitario. En muchos casos, prevalece un modelo de gestión centrado en indicadores de productividad, acreditaciones, rankings o eficiencia administrativa. Si bien estos elementos son importantes para garantizar estándares de calidad, se transforman en un problema cuando desplazan aquello que constituye la esencia de la misión universitaria: el desarrollo integral de la persona.

En América Latina, este desafío adquiere una dimensión concreta. La región enfrenta desigualdades persistentes, brechas de acceso, limitaciones presupuestarias en ciencia, y una presión creciente por demostrar productividad bajo modelos de evaluación importados. La gobernanza universitaria latinoamericana necesita considerar este contexto, porque la formación de agentes de cambio en nuestros países no puede basarse únicamente en resultados medibles a corto plazo, sino en decisiones estratégicas que promuevan la honestidad, equidad y justicia social. *Interciencia*, desde su fundación, ha sostenido precisamente esta convicción: impulsar una ciencia latinoame-

ricana que aporte al desarrollo humano sostenible, más allá de métricas y rankings.

Gobernar una universidad no consiste solamente en administrar recursos o planificar presupuestos. Es tomar decisiones que afectan la vida de estudiantes, académicos, trabajadores y comunidades; es definir qué valores se priorizan, cuáles se negocian y cuáles no están en venta. Pensar la gobernanza desde la prosocialidad y la inteligencia espiritual supone favorecer procesos de decisión centrados en el sentido, el diálogo y el bien común. Una universidad que no escucha, que administra sin reflexionar ni dialogar, termina debilitando su legitimidad y fragmentando su propio ecosistema institucional.

La transformación no depende únicamente de nuevos reglamentos o comités. Comienza, ante todo, en el estilo de liderazgo. Las instituciones requieren autoridades técnicamente competentes, pero también moralmente conscientes: con autoconocimiento, humildad y capacidad de escucha. Liderar desde la inteligencia espiritual significa comprender que la autoridad no se impone, sino que se construye a partir de la coherencia y del servicio.

Del mismo modo, incluir una asignatura de ética, sostenibilidad o responsabilidad social no basta para asegurar la formación de profesionales íntegros. Es necesario revisar metodologías, experiencias pedagógicas y contextos formativos que permitan integrar la prosocialidad y la inteligencia espiritual en cada disciplina. El conocimiento sin conciencia puede ser útil, pero no necesariamente bueno. Formar expertos sin empatía puede volver a las instituciones más eficientes, pero también más deshumanizadas.

Las universidades deben comprometerse con los problemas reales: pobreza, salud mental, crisis ambiental, soledad y exclusión. No se trata de idealizar ni exigir perfección, sino de recordar la esencia de su existencia: ser un espacio donde se piensa y también se siente; donde se enseña, pero también se aprende a convivir; donde el saber y la ética no transitan caminos separados. La prosocialidad y la inteligencia espiritual no son añadidos decorativos ni discursos efímeros, sino condiciones necesarias para que la educación superior siga siendo un acto de esperanza y de construcción de un futuro sostenible.

DR. PEDRO SEVERINO-GONZÁLEZ  
Universidad Católica del Maule. Chile